

del Rey.... y, aunque habia salido con celeridad de Versalles, algunos suponian que habia partido tan precipitadamente, para arreglar los negocios relativos á la boda. Todas estas ideas ocurrieron al Rey, hirieron su orgullo y lo turbaron. Por primera vez se representó, despues de largo tiempo, esta muger atractiva, que habia sacrificado; la vió tal cual era siempre, joven, bella, tierna, hecha para inspirar una union tan fiel como de la que el duque de Longueville le daba una prueba tan extraordinaria.... El amor propio excitó una especie de arrepentimiento: este corazon tan tierno y tan delicado, que se habia despedazado, despreciado, fué cuasi apreciado en el momento que se creyó se escapaba, ó se habia ya perdido!.... Con estas disposiciones interiores, el Rey mandó decir á la Duquesa, que á las siete de la noche iria á su casa solo: ella reunió todas sus fuerzas para recibirlo con calma. A fin de contenerse mas seguramente, imaginó romper esta primera contestacion por su hija, y esta idea le inspiró la de un último sacrificio, al que no habria podido resolverse sin el deseo de admirar y conmover al Rey. Dió á Mademoiselle de Blois los brazaletes que tanto amaba, y con

una opresion de corazon inexplicable los puso en los brazos de esta criatura. El Rey, entrando en el palacio de Biron, quedó vivamente admirado del cambio que por todas partes observaba: pensó en el instante que este sacrificio de todos sus dones anunciaba el casamiento de la Duquesa con el duque de Longueville. Para justificar á sus propios ojos la inconsecuencia del despecho que sentia, se dijo, que se debería haberle consultado. Esta falta de respeto le pareció inescusable: se sintió irritado, sobre todo contra el duque de Longueville.... Al momento que se presentó en el salon, Mademoiselle de Blois corrió á echarse en sus brazos, y cuasi al mismo tiempo le enseñó los hermosos brazaletes que acababa de recibir. El Rey, excesivamente herido y confirmado en sus sospechas, volviéndose á la Duquesa, le dijo: os confieso, Madama, que todo esto me admira.... Pronunció estas palabras con una gravedad, una sequedad, y al mismo tiempo una agitacion, que hicieron saltar de gusto á madama de la Valliere. Hubo un momento de silencio, durante el cual el Rey consideró el salon enteramente mudado de nuevo. La Duquesa, tomando la palabra, dijo: he dado estos brazaletes á uno de

los objetos de vuestro singular cariño: ¿no era este su primer destino?.... Sin duda, respondió el Rey, y por esa misma razón debiais haberlos guardado.... Pero, prosiguió, ¿se os puede preguntar la causa de tan extraño cambio como estoy viendo?—Quiero vivir en adelante en un absoluto retiro; todo ese fausto me era inútil: sabéis que siempre me ha disgustado.— En lugar de una respuesta tan vaga, esperaba una confidencia,.... Luis pronunció estas últimas palabras titubeando, y con una sonrisa forzada. Como? dijo la Duquesa admirada,.... Pues qué! replicó el Rey, ¿quereis hacerme un misterio? Se asegura, continuó poniendose encarnado, que os casais con el duque de Longueville.... Y lo habeis creído! exclamó la Duquesa. A estas palabras sacó de su bolsillo una carta, que el Duque le habia escrito al partir de Versalles, y se la dió al Rey, quien la leyó en el momento.

Esta carta desengañó al Rey, al mismo tiempo, resirió su imaginacion. No habia ya otra victoria que ganar. Admiró la conducta de la Duquesa; pero se quedó tranquilo. No obstante, la Duquesa observó su turbacion y descontento: imaginaba que una viva conmocion viene

siempre del corazón; los movimientos del amor propio le eran cuasi enteramente desconocidos. Ella volvió á su primera ilusion sobre los sentimientos del Rey; pensó que siguiendo con paciencia el plan de vida que se habia trazado, hallaria con el tiempo lo que habia perdido. Luis prometió volver con la misma continuacion que antes; y cumplió su palabra por algun tiempo; pero siempre venia con madama de Montespan, la que lejos de hallarse confusa, por el contraste que formaba con su magnificencia la extrema sencillez de madama de la Valliere, hizo burla de ella. Decía que la Duquesa solo queria singularizarse. Yo, agregaba, quiero agrandar, y atraer gentes á mi casa: mi cálculo es mucho mas comun que el suyo; pero vale mas. La única persona de la corte que no trató á madama de Montespan fué Madama, por estar desavenida con ella desde la vuelta de la Duquesa. Madama, llena de arrogancia, y naturalmente sincera, no pudo soportar las maneras altaneras de madama de Montespan, y mucho menos sus epigramas picantes. La trató con esta ligereza que los principes acostumbra, tanto mas chocante, cuanto parece obra

de la distraccion ó del olvido, y que no se sabe como quejarse de ella. Madama, para despreciar mejor á la nueva favorita, quiso acercarse á sí á madama de la Valliere; y le manifestó un interés que la llenó de gratitud. Estas dos personas se volvieron á ver, se conocieron mejor, y se amaron.

El Rey, que meditaba la conquista del Franco-Condado, ejecutó este proyecto en medio del invierno. Una inquietud renaciente y terrible vino entonces á distraer á la Duquesa de sus disgustos particulares, y de los tormentos del zelo. No pensó ya sino en los peligros que iban á rodear al Rey. Sus temores cesaron muy pronto: esta nueva guerra solo fué para Luis una carrera rápida y triunfal; en tres semanas la conquista de esta bella provincia y la paz, fué el feliz fruto de tan brillante expedicion. Durante esta campaña, no escribió el Rey á madama de la Valliere sino una vez, y un billete corto y frio sumamente; mientras madama de Montespan recibió cinco ó seis correos. Ella se lisonjeó de esto, principalmente en presencia de su rival, bajo pretexto de darle noticia del Rey y del ejército. Madama de Montespan,

para celebrar la paz, dió brillantes fiestas: madama de la Valliere fué secretamente á buscar los pobres, y libertar los prisioneros: parece que la gloria y la fortuna, dá al espíritu y al caracter una cierta independenciam y una especie de franqueza, que rara vez se halla sin ella; la arrogancia que inspira, no permite ya tener el trabajo de disfrazarse, ó de contenerse. La prosperidad no corrompe siempre; pero siempre descubre lo que es verdadero. Los héroes, ó los que llegan á serlo, que parecen cambiados por los sucesos y por las riquezas, no hacen continuamente otra cosa que dejar una máscara engañadora, y libertarse de una atadura inútil. La felicidad anima; la adversidad contiene; y por cuanto el hombre necesita de freno, la escuela severa de la desgracia es para él la mas saludable.

Luis, en medio de los elogios y de los universales transportes que excitaba su nueva victoria y la paz, se mostró siempre generoso, clemente, sensible al amor de sus pueblos; pero se entregó, sin sujecion, á su gusto por la magnificencia, por las fiestas, y á su pasion por madama de Montespan. La Europa entera re-

sonaba con sus alabanzas: no solamente en Francia los grandes poetas y los literatos, enriquecidos por sus beneficios, y honrados por sus sufragios, celebraban, con tanta emulacion como entusiasmo, sus hazañas y gloria; mas tambien los sábios y doctos extrangeros colmados de sus dones, y de las señales de distincion mas lisonjeras, repetian su elogio en todas las diversas lenguas de la Europa. Si hubo alguna exageracion en este prodigioso número de panegíricos, no tuvo al menos nada de vil y ridículo: el reconocimiento lo hacia respetable, y tanta grandeza y victoria parecia autorizarlo. La historia debe ser severa; porque la inflexible verdad lo es siempre; mas los coetáneos, los vasallos, sobre todo, de los buenos reyes, deben ser reconocidos. ¿Se tiene derecho de juzgar rigurosamente á sus bienhechores? La admiracion pública es la recompensa de los grandes hombres: no se la embidiamos; bastantes trabajos les cuesta.

Luis quiso dar, con este motivo, una fiesta de parejas y cañas. Los tiempos estaban bien cambiados. El Rey no llevaba ya sobre su escudo el tierno emblema de la rosa entreabierta; estaba adornado de los colores de madama de

Montespan. Uno de los amigos de esta le compuso una divisa, que llevaba sobre fondo azul una soberbia estrella de diamantes, rodeada de una multitud de estrellas de plata con estas palabras: *Por la mas brillante y la mas bella*. Esta divisa, poco lisonjera para las demas bellezas de la córte, no lastimaba, sin embargo, las reglas generales de la galantería. El espíritu caballerezco autorizaba para alabar á su amada, á expensas de todas las mugeres del universo. Otras costumbres han producido, acerca de esto, diestros manejos; pero cuando á la vez no se amaba sino á una sola dama, se hizo una especie de profesion pública de no admirar mas que á ella. La inconstancia no es una cosa nueva; al menos entonces no se preveia. Los hombres amaban con ilusion. ¿Qué mas se les podia pedir?

Durante la corrida de parejas, madama de la Valliere, tristemente encerrada en el Palacio de Viron, recordaba dolorosamente aquellas ingeniosas fiestas, de que ella habia sido objeto en otro tiempo. ¡Qué horroroso cambio! y, ¡cómo comprenderlo, cuando descendiendo á lo interior de su corazon despedazado, encontraba allí todavia todo el amor que causó sus des-

vos! Desde este dia, el Rey, aún en su presencia, no disimuló ya sus sentimientos, ni pareció empleado mas que de su rival. La Duquesa toleró esta conducta mas de un año con una paciencia inalterable: ella habia perdido toda esperanza de hacer volver al Rey; pero estaba sostenida por el pensamiento, que dándole ella pruebas de un sacrificio sin límites y sin ejemplar, Luis, al menos, haria justicia á tal aficion. No gozaba sino de la opinion que le suponía de sus sentimientos. El no me ama, decia; pero sabe que ninguno en el mundo le amará como yo jamás. El tiempo y el reconocimiento me restituirán su confianza y su amistad; y aunque no fuese sino en mi vejez, tendré todabia sobre la tierra algunos instantes de felicidad. Un accidente inesperado acabó de trastornar su alma, y destruir sus resoluciones. Hacía algun tiempo que se habia encargado de una pobre familia, compuesta de la viuda y cinco hijos de un caballero de su provincia: los hizo venir de Turena para establecerlos mas cerca de ella, y pasó á París, para buscarles un alojamiento en el arrabal de S....

Fué á ver una casa para alquilarla, cuyo jardin, bastante grande, tenia una puerta de co-

municacion con el de la casa vecina. Bajó al jardin: apenas estuvo en él, cuando vió correr por la mencionada puerta un niño de tres años, bello como un angel, que vino riéndose á encontrarla. La Duquesa amaba con pasion á las criaturas: tomó éste en sus brazos, y mirándolo atentamente, se sorprendió de su semejanza al Rey: lo examinaba con extrema alteracion, cuando una muger de mas de cuarenta años, de una figura agradable y noble, vino tambien del otro jardin, y se dirigió á ella con un aire inquieto.... Esta era madama Scaron.... La Duquesa la conoció, aunque jamás la habia hablado; pero la habia encontrado muchas veces en las galerías de Versailles, y sabia que era la amiga de madama de Montespan.... ¿Quién es este niño? le preguntó con una voz trémula, mirándole fijamente al ponerlo en tierra.... Madama Scaron se puso encarnada; no respondió; hizo una profunda reverencia; tomó el niño de la mano, y salió de prisa; cerró la puerta del jardin y se desapareció. La Duquesa, llena de admiracion, preguntó á los propietarios de la casa, y supo que madama Scaron no era conocida de ellos por su verdadero nombre. Se

le dijo que esta señora pasaba por tía de aquel niño, á quien criaba con el mayor cuidado; que por otra parte era muy solitaria y muy silvestre, y no recibia á persona alguna. Este misterio singular, la patente semejanza del niño, y la union de madama Scaron con madama de Montespan, iluminaron á la Duquesa y le hicieron conocer la verdad entera. Descubrió que madama de Montespan era madre tambien, y que el hijo que acababa de acariciar era de su rival y del Rey. Tal descubrimiento la afligió tanto, como si hubiese ignorado hasta este momento la infidelidad de Luis. Se llenó de zelos como amante y como madre, y, sobre todo, de aquella semejanza perfecta que sus hijos no tenian con el Rey. ¡Ay de mí! decía: ¡no basta que esta muger artificiosa y pérfida me haya usurpado el corazon del Rey, sino que arrebatte á mis hijos la ternura de su padre! Al menos este afecto será ahora dividido!.... ¡Qué llena de vanidad debe estar con este niño, cuya fisonomía ofrece ya una semejanza tan gloriosa y tan cara, que dispondrá todos los corazones á amarle!.... Yo misma no he podido defenderme de ello; ¡y aun podré mirarlo sin en-

ternecerme!.... Feliz niño!.... Y los míos no recordarán sino mi vergüenza; no se parecen sino á su infortunada madre!.... El corazon de la Duquesa estaba muy profundamente herido, para que le fuera posible encerrar un dolor tan vivo. Despues de haber escrito al Rey que ya no le amaba, habia perdido el derecho de quejarse; sin embargo, rompió y le hizo todos los cargos que una pasion puede inspirar. Luis la oyó con una fria sorpresa; la acusó de caprichosa é inconsecuente. Esto todavia era nada; mas una palabra imprevista, una palabra fulminante se escapó de su boca: afirmó que ella nunca le habia tenido amor. A este golpe inaudito de ingratitud, la Duquesa, llena de espanto, quedó sin voz y sin respuesta. El trastorno universal del mundo no habria podido causarle una opresion mas dolorosa, una sorpesa y un estupor mas terribles.... Pálida, inmóvil miraba al Rey con los ojos turbados, y fijos....

Si no se repara inmediatamente un grande agravio, cuando no se quiere ni expiar ni reconocer su injusticia, se pone el colmo á él, no por un verdadero endurecimiento, sino por una especie de desesperacion ó de cólera, cau-

sada por el mismo remordimiento: no porque uno sea inaccesible á la compasion; sino, al contrario, porque ella despedaza, se le repulsa con mal humor, y continuamente con dureza. Qué! dijo en fin la Duquesa con una voz concentrada, ¿no os he amado?...—Nó, no he podido triunfar de vuestros escrúpulos....—Es verdad que mis principios me eran mas amados que mi vida; pero os los he sacrificado....—Jamás habeis tenido amor.—Entonces me vendí por ambicion?... Esta palabra, en boca de una persona tan noble y desinteresada, confundió al Rey; pero no podia suceder esto sin irritarlo. Nó, respondió él, la ambicion no puede dominar las personas sin energía.—Segun esa máxima, escusais, lisonjeándoos, la vil, la insaciable codicia de la que preferis á mí!....—Madama de Montespan ha merecido mi aficion por un amor verdadero....—¿Mas tierno que el mio?—Mil veces mas real.—Ingrato! exclamó la Duquesa, ¿podeis proferir esa mentira inhumana que todos vuestros recuerdos desmienten! ¿Quereis quitarme todo consuelo?... ¿Deshonrada á los ojos de todos, privada de vuestro amor, no estaba todavia despojada del todo; al

menos pensaba que no os era posible comparar los sentimientos de otra á los míos; y, ¡ahora teneis la crueldad de decirme, que madama de Montespan sabe amar mejor que yo! Pues todos esos sacrificios que yo os he hecho ¿son perdidos? ¿Es á vuestros ojos por insensibilidad, que yo recibí en mi casa á la que me hizo traicion? Sus altanerías, su arrogancia, sus caprichos, que he soportado con tanta dulzura, ¿no os han dejado contento? ¿He vencido mi ódio, reprimido mis resentimientos, devorado mi zelo, ocultado mi dolor y mi amor, sin excitar vuestro reconocimiento ó vuestra compasion? Virtud, reputacion, amor propio, arrogancia, reposo, todo os he inmolado; y ved aquí el premio que recibo de ello! Ah! ¿No valia mas echarme, desterrarme? En lo interior de un desierto lloraria sin violencia, y, al menos, podría decirme: en vano busca en otra el sentimiento que tengo por él! Qué! este sentimiento tan profundo y tan tierno, aún no ha bastado para enseñaros á conocer el amor! Podeis estar satisfecho de un corazon, cuyas pasiones dominantes son la vanidad y la ambicion!.... No habeis podido perder la memoria de mi ternura, sin olvidar tambien como se ama. Ah! ja-

más, jamás mi rival os lo recordará!.... A estas represiones tan fundadas, él no respondió sino vagamente, y con un frio laconismo: habia cometido muchas faltas para enternecerse. Esta conversacion lo confundia cruelmente; la terminó con una especie de autoridad, suplicando á la Duquesa le ahorrarse en lo futuro escenas tan inútiles como aflictivas. Sí, respondió la infortunada, enjugando sus lágrimas, yo guardaré en adelante un profundo silencio: no tengo mas que deciros.

Esta última injusticia del Rey, hizo en el espíritu de madama de la Valliere una impresion, que hasta entonces no habia sentido. No se liberta en un momento de una pasion, á que se ha entregado sin reserva por espacio de diez años; mas cuando el pago es la ingratitud, llega un término donde el corazon, en fin, puesto en movimiento, conoce toda su locura; y este es un principio de curacion. Por primera vez la Duquesa formó un proyecto mucho mas valeroso que el de huir: se prometió ensayarse para desterrar de su corazon un amor tan funesto: habia sufrido tanto por su sensibilidad: habia llegado á tal exceso de desgracia, que para formarse idea de una perfecta felicidad so-

bre la tierra, no podia imaginarse sino una perfecta indiferencia. Habia mas verdad en esta idea, que en la que nos persuade que un sentimiento apasionado solo puede procurar la felicidad: mas ¡qué fuerza se necesita para arrancar de su alma una pasion violenta que ya no está dividida!.... Es necesario repeler la esperanza que renace tan fácilmente cuando se ama: abrir de nuevo en sí mismo todas las llagas de su corazon, acordandose de ellas para curar todo lo que se querría olvidar: es preciso despojarse de toda prevencion, renunciar á la indulgencia, y juzgar con rigor los procedimientos y las acciones que siempre se habian interpretado favorablemente: es preciso, por último, romper todas sus habitudes, y dedicarse, durante mucho tiempo, á no pensar sino en lo que desespera, á no obrar sino con esfuerzo, y contra todas sus inclinaciones. Ved aquí cuanto cuesta recobrar la razon: cuán menos penoso es conservarle siempre!

Madama de la Valliere se representaba con amargura los procedimientos inescusables del Rey: pensaba entonces que le seria posible separarse de él; mas ¡cómo hacerlo, cuando le veía mas admirado, y mas digno de serlo que

nunca!.... Todo le hablaba de su gloria. Esas artes que ella amaba, la pintura, la música, la poesía, le debían todo su brillo; él era en cierto modo su creador; no se podía dar un paso á Versalles, á Marly, á París, sin hallar el sello de su grandeza, de su gusto y de su magnificencia. Versalles ostentaba todas sus maravillas; su salon y su soberbia galería se ennoblecían mas por los trofeos de nuestras victorias (1). Los deliciosos bosquecillos se formaban, la mecánica acababa de producir un gefe de obras para regarlos y adornarlos (2). El talento de Le Notre, animado por la proteccion de Luis, daba á la Capital un jardín magestuoso: la religion bendecía al Rey en los templos que habia nuevamente construido, reparado, ó enriquecido: gracias á sus beneficios, las ciencias podían perfeccionarse: acababa de concluirse el observatorio; y, entretanto que se ponían los fundamentos del edificio para los inválidos, la arquitectura preparaba un palacio digno de ser habitado por los gefes de la Nacion

(1) Pinturas de Lemoine, y de Lebrun.

(2) La máquina de Marly.

francesa. La columnata del Louvre (1) se estaba levantando: el genio poderoso que presidía este reinado, vivificaba todo á la vez: ilustraba la Francia de un extremo á otro; habia restablecido la disciplina militar; inspiraba á Vauuban para defender y garantir sus conquistas; hacia florecer la agricultura y el comercio abriendo inmensos canales, formando nuevos caminos, y poblando los talleres de Tours y de Leon; formaba colonias, y creaba una marina temible: en fin, él pulía las costumbres, daba elegancia á las maneras, agrado á la sociedad, y fijaba para siempre la lengua que servia para celebrar todos estos prodigios, y que debia hacerse universal.

¿Cómo podia la Duquesa entibiarse, respecto á quien hacia tantas cosas milagrosas!.... Sin cesar destruía en ella el entusiasmo publico la obra penosa de la razon. Ah! decia, sin duda él ha hecho injusticias conmigo; pero soy francesa; puedo cesar de adorarle!.... No obstante, algunas veces se persuadía que le amaba menos, y se aplaudia de ello; mas una mirada de Luis, una palabra, que interpretase á

(1) Así se llama en Francia el palacio real.

su agrado, le restituía toda su sensibilidad natural: entonces se entregaba á la mas dulce ternura, como si hubiese hecho un feliz descubrimiento; y estas ilusiones pasajeras no servian despues sino para hacerla sentir con mas amargura los mas justos objetos de descontento y dolor. Conoció por fin todos los tormentos del zelo. Su rival no solamente era adorada, sino que Luis no creía ser amado con pasion mas que por ella! Madama de Montespan usurpaba, á la vez, el corazon de Luis y su reconocimiento!... Qué reflexiones tan crueles, qué amargo arrepentimiento debia inspirar esta idea!

El Rey, cesando de amar á madama de la Valliere, nada habia perdido del ascendiente que el amor le daba sobre ella: él conservaba sobre su corazon y su espíritu sus antiguos derechos, y su misma indiferencia parecia asegurarle de ellos nuevamente. La Duquesa no tenia la confianza que inspira la certidumbre de agradar: esta dulce igualdad que una union recíproca establece siempre, no existia entre ella y el Rey: media dolorosamente, y por primera vez, la distancia enorme que la separaba de Luis. Hasta entonces su respeto, por este ran-

go supremo que no habia provenido sino de la admiracion y del entusiasmo, no era ya para ella sino una especie de abatimiento: el Rey, sin querer, cambiaba de tono con ella insensiblemente; la Duquesa intimidada, y, sobre todo, desanimada por la desgracia, se dejaba dominar por el temor y la humillacion. Nada podrá reanimar la arrogancia de una alma grande, cuando penetrada de arrepentimiento sufre el castigo de una falta irreparable. Mientras mas elevados son los sentimientos, mayor es el abatimiento en las penas: consecuencias inevitables de las inclinaciones criminales! La fortaleza, en semejante situacion, sería una vil indiferencia ó descaro. El castigo representa el extravio, y es un oprobio mas: solo á la inocencia y la virtud, corresponde elevarse y brillar en la desgracia; ellas solas pueden dar dignidad al infortunio. Mas el vicio, despojado de la ilusion de los sucesos, vuelve á entrar en el polvo: los reveses de la suerte, acaban de deshonorarle á los ojos de todos; y el último grado de desprecio se une siempre á la humillante compasion que inspira...

Disponiendo Luis hacer un viage hácia sus nuevas conquistas, á Dunkerque y Lila, confió á la Duquesa los motivos de él: esta prueba